

SUSTENTABILIDAD AMBIENTAL, CAMBIO CLIMÁTICO Y ENERGÍAS RENOVABLES

El concepto **desarrollo sustentable** es el resultado de una acción concertada de las distintas naciones para impulsar un modelo de desarrollo económico mundial que resulte compatible con la conservación del medio ambiente y con la equidad social. Sus antecedentes se remontan a los años 50 del siglo pasado, cuando surgieron preocupaciones por los daños al medio ambiente causados por la segunda guerra mundial. Sin embargo, recién en 1987 la Comisión del Medio Ambiente y del Desarrollo de las Naciones Unidas difundió, en el denominado informe Brundtland, la definición más conocida sobre el desarrollo sustentable: "es el desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades".

Este concepto se transformó en una proclama dirigida a ciudadanos, organizaciones civiles, empresas y gobiernos para impulsar acciones, principios éticos y nuevas instituciones orientadas a un objetivo común: la sustentabilidad.

Se instala desde entonces un trípode, un concepto en tres dimensiones que deben estar en equilibrio: sustentabilidad social, ambiental y económica.

La sustentabilidad ambiental se refiere al uso eficiente y racional de los recursos naturales, para que sea posible mejorar el bienestar de las sociedades actuales sin comprometer la calidad de vida de las generaciones futuras. Esto implica tener en cuenta los límites de renovación de

los recursos, los ciclos de la naturaleza, y lograr un equilibrio entre el hombre y el medio.

La sustentabilidad económica alude a las prácticas que sean económicamente rentables, pero también social y ambientalmente responsables.

Finalmente, para alcanzar el equilibrio, el desarrollo no debe perpetuar ni profundizar la pobreza, la exclusión y la desigualdad. Por el contrario, debe apuntar a conseguir la equidad y la justicia social, promoviendo la participación de las sociedades en la generación y la distribución de riqueza.

A partir de allí son necesarias nuevas políticas para el desarrollo sustentable, para reducir la desigualdad social y evitar la destrucción del medio ambiente. La premisa básica es que el desarrollo no debe degradar el medio ambiente biofísico ni agotar los recursos naturales.

Desde la segunda mitad del siglo XX distintos países y organismos internacionales decidieron comenzar a trabajar de manera coordinada para determinar las causas y efectos del cambio climático a nivel mundial. El primer intento por establecer líneas de acción para combatir el cambio climático se realizó en 1979 en Ginebra, Suiza, en la que especialistas en temas ambientales expresaron su preocupación acerca de las condiciones climáticas de la época y el panorama proyectado para

los años siguientes a causa del incremento de la temperatura global.

Algo es evidente: el clima global está cambiando y entraña riesgos cada vez más graves para los ecosistemas, la salud humana y la economía. Estudios recientes indican que el mundo enfrenta los efectos del cambio climático, como la subida del nivel del mar, el aumento de los fenómenos meteorológicos extremos, las inundaciones, las sequías y las tormentas.

El cambio climático impactaría negativamente la seguridad alimentaria de las ciudades y, de hecho, para todos los habitantes del planeta, ya que los ciclos productivos en el sector agrícola tendrían fluctuaciones que harían imposible pronosticar el adecuado abastecimiento. Por otra parte, el incremento de las temperaturas en los mares y océanos modificaría el acceso a la pesca como fuente de alimentación porque los lugares donde actualmente se encuentran los bancos de peces cambiarían.

Los esfuerzos mundiales realizados hasta la fecha para mitigar el cambio climático culminaron en el Acuerdo de París de 2015, en virtud del cual, 195 países adoptaron el primer acuerdo climático, universal y vinculante jurídicamente. El objetivo del acuerdo –mantener el incremento de la temperatura media mundial muy por debajo de 2 °C y de seguir esforzándose por limitar el aumento a 1,5 °C– es ambicioso y no puede lograrse sin una reforma importante de los sistemas de producción y consumo de energía a escala mundial.

Alcanzar un modelo energético sustentable capaz de reducir las emisiones de gases efecto invernadero a la atmósfera para evitar fenómenos fuera de control, requiere fundamentalmente de un cambio en la forma de producir y de usar la energía. La sustitución de fuentes de energía sucias y escasas (carbón, gas y petróleo) por otras limpias (solar, eólica, geotérmica, hidroeléctrica o derivada de residuos o desechos) necesita el respaldo a las energías

renovables. A medida que avance la tecnología y el almacenamiento de las energías renovables, el costo de la energía será cada vez menor.

El sector energético de la economía está por ello directamente relacionado con las políticas ambientales, específicamente con las de cambio climático, la generación de energías renovables, la mitigación y la adaptación.

Un tema tan importante como la generación es la eficiencia energética. La gestión de la energía busca disminuir la intensidad energética para hacer lo mismo consumiendo menos. Se hace evidente que para mejorar la calidad de vida, es necesario contar con más y mejores políticas en materia de eficiencia energética (por ejemplo, mejoras del aislamiento de los hogares o utilización de medios de transporte más ecológicos). La eficiencia energética busca proteger el medio ambiente mediante la reducción de la intensidad energética y habituando al usuario a consumir lo necesario y no más.

La generación de energías limpias, no sólo mejora la calidad del aire, sino fundamentalmente la calidad de vida de las personas en todos los aspectos. En esta dirección, organismos multilaterales (como el BID, el Banco Mundial o la CAF) ofrecen préstamos para inversión o recursos vía cooperación técnica no reembolsable, para activar planes de acción de cambio climático, con énfasis en ejes como el transporte urbano sostenible, gestión de residuos sólidos y eficiencia energética.

Alcanzar la seguridad energética sería sólo un primer paso hacia la soberanía energética, pero en realidad será muy difícil lograr la primera sin la segunda, porque ningún país o región está aislado del resto del mundo sino que forma parte del sistema global. Por lo tanto, para tener seguridad e independencia necesariamente se requiere ejercer su soberanía. Y el único camino para conseguir soberanía –en un escenario de recursos escasos y distribuidos desigualmente– es el de las energías renovables ■